

¿Somos demasiados?

Marianne Pinguet

Rouge n°1901, Francia, 7 de diciembre 2000

Traducción para *La insignia*: Alberto Nadal.

¿Está demasiado poblado nuestro planeta? ¿Están en peligro los equilibrios medioambientales y los recursos energéticos? Michel Husson, autor del libro *Seis mil millones en el planeta: ¿somos demasiados?*", aporta unas primeras respuestas a los desafíos planteados por la demografía.

Pregunta: ¿Somos de verdad demasiados?

Michel Husson: ¿Es la sobrepoblación, si no la causa de los problemas ecológicos, al menos un obstáculo?. De hecho respondo con otra pregunta: admitamos que lo anterior sea cierto, ¿qué hay que hacer?. ¿Conseguir que la población aumente menos rápidamente, o que incluso retroceda?. Pero esto no es posible sin recurrir a métodos bárbaros (epidemias, genocidios, esterilizaciones forzadas, eugenismo, etc.). La población mundial aumenta ya menos rápidamente, debido a un movimiento general de descenso de la fecundidad. En los países del Magreb, por ejemplo, el número medio de hijos por mujer ha caído de alrededor de 6 en 1980 a 2,2 hoy. ¡Difícilmente se puede ir más rápido!. Además, este enlentecimiento no conducirá a una estabilización de la población más que en dos o tres decenios: cada mujer tiene menos hijos, pero la proporción de mujeres en edad de procrear sigue siendo muy importante. En definitiva, el desarrollo más probable es que se pase de 6 a 9 mil millones de habitantes a mediados del siglo , y que luego la población mundial se estabilice o que incluso comience a retroceder.

Pregunta: ¿Qué proponen los defensores de la teoría de la sobrepoblación?

Michel Husson: Los más reaccionarios, sobre todo en los EE.UU., dicen que el planeta no puede contener más que 2 o 3 mil millones de habitantes, pero no dicen como se llega a dividir a la población por la mitad. En su último libro, el Informe Lugano , Susan George plantea exactamente esta pregunta e imagina las respuestas forzosamente cínicas, y forzosamente bárbaras, de tecnócratas coherentes. Sin llegar a ese extremo, el discurso sobre la población es implícitamente discriminatorio hacia quienes tienen demasiados hijos. El único método humanista para obtener una estabilización a medio plazo de la población consiste , más que en ese eugenismo socio-ético, en difundir el progreso económico y social: estabilizar las rentas de la agricultura tradicional, favorecer la educación y la autonomía de las mujeres. Una evolución sociológica como el retroceso de la edad del matrimonio es por ejemplo un factor decisivo del descenso de la fecundidad. En sentido inverso, se ve que los únicos países que no están implicados en la transición demográfica, donde la fecundidad sigue siendo muy elevada, son los países más pobres. Hay pues que cambiar esta perspectiva y adoptar una lógica de hospitalidad, para preguntarse como acoger lo mejor posible a la población suplementaria que se puede razonablemente prever.

Pregunta: ¿Es ecológicamente sostenible esta afluencia de población?

M. H.: Es evidentemente la gran pregunta. Tomemos por ejemplo el efecto invernadero. El volumen total de CO2 emitido es el producto de tres elementos: el número de habitantes en el planeta, la producción por cabeza, la cantidad de energía polucionante por unidad de producción. Si el aumento de la población no está compensado por una producción que gaste menos energía, puede ocurrir que la emisión de CO2

franquee un umbral irreversible y provoque un desequilibrio ecológico que conlleve la desaparición de una buena parte de esa población. Es un riesgo real, que no se puede ignorar en nombre de un cientificismo que consiste en decir que los progresos de la técnica resolverán todo. Mi planteamiento es más bien explorar una vía estrecha que permita acompañar este último medio siglo de crecimiento demográfico sin hacer que todo salte por los aires. Se trata pues de identificar bien los verdaderos problemas. Por ejemplo, debería ser evidente que no hemos vuelto al malthusianismo clásico en el que el crecimiento de la población estaría limitado por las disponibilidades alimenticias. Hay riesgos de agotamiento de los suelos y un enorme problema en lo que concierne al agua, pero se trata más bien de cuestiones de distribución que de un límite absoluto..

Pregunta: ¿Y la energía?.

M.H.: Si se admite que no se puede intervenir sobre el número de habitantes, hay que moderar o bajar el consumo por habitante. Pero pienso que las posibles ganancias son relativamente limitadas, porque el desarrollo necesita un crecimiento material: no se construyen escuelas, carreteras, circuitos de suministro de agua, sin gastar energía. Se podría exigir a los países ricos que adoptaran un modelo de crecimiento más frugal, pero esto no está forzosamente a la altura del problema. Cuando se contemplan las proyecciones del consumo de energía en los próximos 50 años, el aumento global tiene sobre todo lugar en los países del Sur y las eventuales economías realizadas en el Norte no significan mucho. Me parece que, en estas condiciones, la única perspectiva racional consiste en un programa masivo de transferencia, del Norte al Sur, de técnicas de producción de energía poco contaminantes. El ejemplo de China, donde el crecimiento ha sido sin embargo muy rápido durante los dos últimos decenios, muestra que hay importantes márgenes de maniobra, en la medida en que el consumo de energía ha aumentado pero en una proporción bastante menor que el producto nacional. Esto supone una forma de cooperación e incluso, nos atrevemos a utilizar la palabra, de planificación a nivel planetario. Es evidentemente lo opuesto de las concepciones liberales, pero en mi opinión es el único método que permite evitar los ajustes regresivos, por ejemplo el bloqueo del crecimiento de los países del Sur en nombre del medio ambiente, o el recurso incontrolado a fuentes de energía muy contaminantes pero que son más bien baratas como el carbón.

Pregunta: ¿Los permisos para contaminar o las ecotasas no son herramientas posibles?.

M. H. : Hay que situarlas en relación a un asunto teórico fundamental, bien resumido por el eslogan que proclama que el mundo no es una mercancía . Da en el clavo, porque la lógica profunda de la economía dominante reposa precisamente en una confianza ciega en los mecanismos mercantiles. Lo que hay de particular en la cuestión medioambiental, es que tirar los desechos o agotar los recursos naturales no cuesta nada al operador privado. Hay externalidad, como dicen los economistas, en el sentido en que el coste es soportado por otro. La forma de actuar parece pues evidente: hay que poner precio a lo que no lo tiene, instaurar un mecanismo mercantil allí donde no existía. Es la ecotasa o también el mercado de los derechos de contaminar, una solución particularmente absurda, puesto que va a permitir a los países ricos comprar a los países pobres derechos a polucionar y hacer lo contrario de lo que habría que hacer, dicho de otra forma, dar los medios a los países pobres para desarrollarse sin contaminar demasiado. Así pues la redistribución debería ir en sentido inverso. El hecho de que este tipo de propuestas haya sido retomado por los ecologistas plantea un enorme problema, que es la existencia del paradigma ecológico.

Pregunta: ¿De qué se trata?.

M.H. : La cuestión es saber si la cuestión ecológica cambia o no la forma de plantear las cuestiones sociales. Mi punto de vista consiste en decir: si se trata solo de calidad de vida, de pinchazos en los ojos y de estética urbana, entonces la ecología no existe como tal. Es una aspiración entre otras, que no es de una naturaleza diferente por ejemplo de la voluntad de luchar por condiciones de trabajo decentes. Si la ecología introduce una dimensión suplementaria, es en la medida en que la posibilidad misma de la vida sobre la tierra está puesta en cuestión. Pienso que es el caso y que por tanto existe un paradigma ecológico, dicho de otra forma, un tipo de problemas a resolver, de amenazas que alejar que son de una naturaleza diferente (y de otro alcance) que otras cuestiones sociales, por ejemplo el urbanismo. Pero hay que ser coherente: si esta especificidad de la cuestión ecológica existe, entonces remite a otros instrumentos que los que consisten en crear pseudomercados. Una ecotasa no es un mal absoluto, e incluso los mercados de permisos de polucionar pueden ser legítimos en terrenos muy específicos. Han funcionado no demasiado mal en el caso de los CFC (clorofluorcarbonados) responsables del agujero en la capa de ozono, cuyas emisiones han sido reducidas en más de un 70%. En este caso concreto, la existencia de sustitutos rentables ha ayudado mucho. Pero en cuanto se trata de cuestiones como el efecto invernadero, me parece hoy que no se puede ser ecologista de forma coherente sin una buena dosis de anticapitalismo.

Pregunta: Entonces, ¿resolverá todo el socialismo?.

M.H. : No se trata de decir que la revolución socialista es el previo absoluto a toda política ecológica. Hay que evitar la trampa del realismo gubernamental de los Verdes, que consiste en proponer cambios marginales, y perfectamente ineficaces, del capitalismo. El hiperrealismo que consiste en hacer como si algunos francos sobre el litro de gasóleo definieran una política alternativa, es una dejación. Al contrario, hay que privilegiar todo lo que es control sobre las actuaciones del capital, promulgación de normas, prohibiciones y sanciones. Por otra parte, en lo concreto nos volvemos hacia esas soluciones. En el caso del Erika , la salida lógica es endurecer el reglamento, ¡no poner en pie una ecotasa!. En el precio del petróleo, por ejemplo, la subida reciente ha barrido todo lo que los Verdes habían logrado obtener. ¿Porqué? Porque ninguna política alternativa de transporte se ha planteado en concreto. No se podía invocar nada para justificar la subida del precio del petróleo.

El anticapitalismo que se plantea aquí es modesto, pero firme: a lo que hay que enfrentarse es a la reivindicación de una total libertad del capital. Esto supone intervención pública, subvenciones a programas alternativos, en definitiva, todo lo que detesta este capitalismo radical de fin de siglo. Es también con esta condición con la que el combate ecológico puede contribuir a refundar un proyecto socialista que no podría evidentemente existir independientemente de las aspiraciones y de las movilizaciones.

Michel Husson: Six milliards sur la planète: sommes-nous trop? . Editions Textuel, 160 p. 110 ff.